

grosa, es ahora una hermosa adolescente que debe tomar con urgencia clases de dicción si quiere volver a hacer teatro. Humberto Dupeyrón, quien en *Malditos* era el único que estaba bien, ahora aparece a hacer el ridículo con un personaje que se desboca fuera de esa comedia para ir a caer en *Los Fernández de Peralvillo* o en *Nosotros los pobres*, y don José Dupeyrón, quien sale a cumplir en un pequeño papel.

Luis G. Basurto, autor, no puede escribir una buena comedia, mientras Luis G. Basurto, empresario, organiza giras por toda la República, y Luis G. Basurto, actor, tiene que trabajar en dos funciones diarias. Como amigo tengo el derecho de exigirle más porque conozco su talento.

15 de diciembre de 1968

DRAMAS MITOLÓGICOS MEXICANOS

Desde el siglo xvii se vienen representando en México grandes o pequeñas piezas sobre las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac. Durante la Colonia, estas representaciones eran loas o pasos dramáticos que se ofrecían al pueblo en los atrios de las iglesias, pero ya en los siglos xix y principios del xx, no había mes de diciembre en que los teatros dejaran de ofrecer la representación del *Milagro de las rosas*, pieza obligada por esas fechas como la *Pasión* en la Cuaresma o el *Don Juan Tenorio* en día de muertos. Por fortuna, tan piadosa costumbre fue desapareciendo lentamente y ya hacía muchos años que no tenían los espectadores de la capital la obligación de ver a Juan Diego desplegando su tilma ante un Zumárraga boquiabierto y cayendo de hinojos. El cinematógrafo fue el último que se ocupó del asunto, y así tuvimos aquella *Virgen que forjó una patria* y aquella otra donde José Luis Jiménez se consagró como el Juan Diego perfecto, y se lo tomó tan en serio que casi se acabó como actor. Pero de esto hace ya más de veinte años, y cuando creíamos que ya nos habíamos liberado de esas representaciones y que sólo

lucharíamos por vencer a Rambal y a Julio Alemán en las semanas santas, y a Manolo García y a Paco Malgesto en los días de muertos, de pronto se estrena en el lujoso Teatro Hidalgo, apadrinada por las autoridades del Departamento del Distrito Federal y por la Unión Nacional de Autores, una nueva versión de aquellas viejas piezas sobre las *Cuatro milagrosas apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe en el Cerro del Tepeyac*.

Rodolfo Usigli, quien conoce como nadie los secretos de la construcción dramática, ha dedicado gran parte de su vida a analizar teatralmente trozos de la mitología mexicana, y así nos ofreció su primera Corona, que era de sombras, y que sublimizaba el mito de los rubios emperadores austrobelgas por los que aún suspiran los aspirantes a nobles. Más tarde vimos otra Corona, esta vez de *Fuego*, en que en medio de versos un tanto ripiosos y un mucho cansados, la figura del “joven abuelo” se situaba a la diestra de Quetzalcóatl. Y ahora la tercera Corona que es de Luz, en la que se da una interpretación casi demagógica sobre la Virgen de Guadalupe. Líbreme ella de ponerme a discutir el milagro: ya lo han hecho muy sabiamente Icazbalceta, el obispo Camacho y Francisco de la Maza, y los han impugnado desde Primo Feliciano Velázquez hasta Alfonso Junco. Es una polémica peligrosa y de escaso interés para mi humilde persona. Tan sólo apuntaré que al terminar de ver la función de *Corona de luz*, tuve la idea de que los dos primeros actos fueron escritos por Rodolfo Usigli, y el tercero por el padre Pardiñas. En efecto, así en el primero como en el segundo acto, la construcción dramática es impecable, los diálogos llenos de fuerza, de belleza, de cultura, y la tesis presentada mantiene un interés constante. Sin embargo, en el tercer acto se nota la precipitación, el deseo de terminar con un asunto que podía estallar en las manos, y aun cuando subsisten los buenos diálogos, el desenlace es de fin de fiesta en un 16 de septiembre, y sólo faltó que Zumárraga o Juan Diego ondeasen la bandera mexicana junto a la tilma del milagro. Recordé aquellas representaciones en las que, según las anécdotas que corren, Esperanza Iris al ver que el público estaba frío echaba mano de una bandera nacional y la agitaba frenéticamente, o bien gritaba con todos sus pulmones: “Mexicanos, ¡viva la Virgen de Guadalupe!” Y el aplauso no se hacía esperar. En *Corona*

de luz vemos a Carlos V y a los altos prelados eclesiásticos preparar un milagro en la Nueva España. Luego a Zumárraga, a Las Casas, a Sahagún, a Motolinía, a Gante y a Quiroga, estar de acuerdo en secundar la farsa. Y en el tercer acto, milagrosamente el milagro se adclanta y sucede en realidad. Zumárraga entonces grita que portento o no portento, de cualquier modo aquello significa el primer intento de independencia. O sea, el autor mezcla, como Carlos V y el primer obispo de México, la política con la religión, y así queda bien con todos. Por ello se ha dicho que Usigli es un autor dramático muy hábil.

De cualquier forma, allí quedan esos dos primeros actos de *Corona de luz* como ejemplo a seguir por los nuevos autores mexicanos. Es teatro de verdad y demuestra una vez más el enorme talento de Usigli. Puede o no estarse de acuerdo con el desenlace, pero bajo un punto de vista estrictamente teatral, la nueva —nueva en cuanto a estreno— obra del mejor dramaturgo mexicano es excelente. Por desgracia, intereses que escapan al autor por encontrarse tan lejos, dieron al traste con la puesta en escena. Ignoro —y prefiero ignorarlo siempre— de quién fue la idea de traer a un señor de Tijuana para dirigir tan importante obra. Le quedó tan grande, que no puede decirse que sea buena o que sea mala la dirección: simplemente no lo es, y una pieza de suyo complicada, con tantos actores, necesitaba a un director. Y al no tenerlo, vemos un Carlos V semejante al Berengo de *El rey se muere*, a un Zumárraga aleteando las manos como palomas y ahogándose en su propia vez, a un Sahagún con las patillas maquilladas, un Motolinía afectado, a una reina Isabel vestida de María Tudor, a un Las Casas con una peluca del siglo pasado por lo mal hecha, a un Juan Diego con cara de retrasado mental por querer ser tan iluminado, y a un lego franciscano extraído de *La Dolorosa*, aquella zarzuela apolillada. En cambio, un fray Antonio excelente, interpretado por Enrique Bécker, quien demuestra ser el único que al darse cuenta de que no había director, se preocupó por dirigirse solo y acertó. A él y a David Antón y a Eugenio Servín como escenógrafos, vaya mi felicitación, aunque ande por allí un retablillo dorado que no es del siglo xvi.

Me alegra que Usigli no haya estado presente. Más vale así.

5 de enero de 1969